

DISCURSO DE CLAUSURA DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Alonso Palacios Botero

CIERRE DE LAS ACTIVIDADES DEL SÁBADO, 27 DE MAYO EN EL SANTUARIO.

Buenas tardes, distinguidos participantes en este encuentro de los centros municipales de historia con la Academia Antioqueña de Historia.

Hemos tenido una jornada muy intensa y variada de dos días.

En nombre de la Academia Antioqueña de Historia expreso nuestro más profundo reconocimiento a todos los participantes en este encuentro, con especial énfasis a los conferencistas.

Permítanme que sea reiterativo de ideas expuestas ayer en la sede de la Academia.

El estudio de la historia debe hacerse como un ejercicio permanente de reflexión disciplinada sobre el origen de la sociedad en la que vivimos y nos desenvolvemos. No es un rudimentario ejercicio de nombres y fechas, ni de guerras y batallas. Tampoco es un juicio sobre víctimas y victimarios, ni de vencedores y vencidos. Las clases de historia no son para escuchar documentos oficiales, ni para recibir sermones hasta hacernos renegar de nuestros antepasados por la herencia que nos han dejado o hacernos sentir culpables de las situaciones inaceptables del mundo en el que vivimos.

El estudio de la historia debe: darnos elementos de juicio para comprender nuestra situación humana; hacernos sentir dignos de nuestros antepasados, a quienes respetamos con agradecimiento y sentido crítico; darnos los instrumentos para hacernos responsables de nuestras vidas, sin resentimientos ni amarguras; prepararnos para enrutar nuestro futuro y el de las generaciones que nos seguirán.

Por esas razones, las fuentes de nuestro estudio de la historia deben ser diversas, con amplitud de criterios, para tener capacidad de reflexionar y formarnos nuestros propios juicios con objetividad y libertad.

La orientación a los estudiantes de la historia con textos oficiales únicos, premisas y concepciones ideológicas, conceptos preconcebidos o políticos, materiales de estudio basados en crónicas de guerra y violencia, garantizará la distorsión de la verdad histórica y el cultivo de resentimientos sociales graves para nuestra convivencia y nuestra supervivencia.

Que el estudio de la historia se haga como un ejercicio crítico de inteligencia que nos haga mejores ciudadanos, más fuertes para enfrentar las complejidades del presente y del futuro que se visualiza, con sentido de pertenencia y no un doloroso e inútil esfuerzo por superar un obstáculo académico o para terminar en un estado individual y colectivo de confusión mental, de escepticismo, incredulidad o indiferencia o de malestar por creernos culpables o víctimas del destino.

Estamos en los tiempos en los que están de moda las corrientes revisionistas de la historia, promovidas activamente por diversos grupos ideológicos políticos, religiosos y sociales que pretenden reescribir gran parte de nuestro pasado para adaptarlo a intereses de corrientes perniciosas y nocivas en las cuales priman los derechos sobre los deberes, las noticias falsas, versiones oficiales y el deseo de demeritar a nuestros antepasados con versiones negacionistas y nihilistas extremas y destructivas.

Ese revisionismo histórico, casi histérico de los nuevos iluminados, termina por destruir gran parte del patrimonio físico y cultural que ha acumulado la humanidad a lo largo del tiempo. Pretenden reformar la historia de acuerdo con sus criterios y valores y con un nuevo estilo gramatical (si a este modo de expresarse se le puede llamar gramática) que atenta contra las estructuras más fundamentales del idioma español.

Nosotros tenemos la responsabilidad de proteger con objetividad, sentido crítico y mucha investigación científica el patrimonio que nos dejó nuestros antecesores, reflejados en las instituciones establecidas, estructuradas con mucho esfuerzo por quienes nos precedieron, presentes en nuestro urbanismo, en nuestros edificios y símbolos patrios, en nuestro hábitat, en nuestro modo de hablar y en nuestras creencias y costumbres.

Las academias y centros de historia deben reaccionar, con argumentos de profundo valor histórico, frente a movimientos destructores de nuestro pasado y transmitirle a nuestros jóvenes la importancia del estudio de la historia porque aporta: al fortalecimiento del sentido de identidad personal y comunitario; a la protección de las instituciones, los valores

cívicos, éticos y morales, el idioma, el patrimonio urbanístico, arquitectónico y monumental y la preservación de los archivos que contienen gran parte la memoria de nuestros pueblos.

Tomar conciencia del valor de la herencia que con tanto esfuerzo y dificultad construyeron nuestros antepasados lejanos y cercanos, debe ser un mensaje que debemos transmitir en nuestras intervenciones como historiadores profesionales o amantes de la historia porque la historia es una fuente excepcional de criterios y elementos de juicio que sirven para guiar nuestras decisiones presentes y nuestra proyección del futuro.

Creer que la civilización comenzó con nuestra generación y que podemos dejar a un lado las enseñanzas de nuestros antepasados para crear nuevas instituciones, generar nuevos valores, diseñar una nueva estructura gramatical en contravía de nuestro hermoso lenguaje y ensayar nuevos estilos de vida son tendencias de la moda, el mercado y la inseguridad emocional que nos están invadiendo por las redes y por los influenciadores del momento.

Creo que los profesionales y amantes de la historia, conscientes de nuestro valor personal y colectivo, tenemos la obligación de participar en el análisis crítico de estas tendencias que como toda moda, tienden a ser advenedizas y pasajeras.

La objetividad no debe impedirnos formular juicios morales personales acerca de los acontecimientos, las instituciones y las personas del pasado y aún del presente, pues, con el respeto debido a las fuentes, las causas y las realidades investigadas, la valoración de los hechos históricos es, no solo una opción, sino una obligación del historiador, porque de lo contrario se convertiría en un simple cronista o reportero.

Estas reflexiones sobre los sucesos, eventos y circunstancias de cada época o lugar son el tema central de cada historiador y sus apreciaciones personales son fundamentales para hacer más comprensiva la historia, aunque ellas sean motivo de controversias, disputas y polémicas, que hechas con argumentos, altura, objetividad y serenidad y aún con vehemencia, aportarán elementos de juicio a la comprensión y validez de la verdad histórica.

Promover discusiones vehementes y algunas hasta audaces sobre diversos temas es obligatorio, pero siempre conservando la medida, la decencia, el buen decir y el respeto, cualidades básicas que debemos mantener y preservar.

Quiero invitar a todos los participantes en este evento a hacer de nuestro amor por la historia, un ejercicio de suficiente libertad y criterio para investigar y profundizar en las áreas de sus respectivas preferencias y autonomía para divulgar sus resultados y transmitirles a las nuevas generaciones la importancia que el estudio de la historia tiene para lograr la convivencia pacífica.

Finalmente, permítanme referirme a una virtud que nos enseña la historia: la medida o moderación practicada tanto en la vida privada como en las actividades públicas. La historia está llena de ejemplos de personajes que se distinguieron por el ejercicio de la moderación en sus ideas y decisiones. También está llena de ejemplares que, con su verborrea, sus excesos extremos y su desmesura produjeron resultados fatales para la sociedad.

El sano equilibrio entre los planteamientos racionalistas de los pensadores de la Ilustración y los Románticos que reaccionaron con el predominio de las emociones sobre la razón debe conducirnos a una sociedad mejor y más sana.

En nombre de la Academia Antioqueña de Historia y de los centros de historia que hoy nos acompañan reitero nuestras sinceras felicitaciones a la administración municipal, al Centro de Historia de El Santuario y al periódico *El Santuario* por las conmemoraciones de este día y darles nuestros profundos agradecimientos por la amable y generosa acogida.

Gracias, Doctor Juan David, alcalde de El Santuario.

Gracias, Doctor Orestes, expresidente de la Academia Antioqueña de Historia y miembro de la Academia Colombiana de Historia.

Sinceras felicitaciones, doctor Víctor León, director de El Santuario.

A don Jaime Zuluaga Ramírez, sinceras felicitaciones por el proyecto cívico – cultural que ya es una realidad.

Un agradecimiento muy sincero a todos los que han contribuido al éxito de estos dos días de trabajo.

Muchas gracias a todos los participantes.

Doy por concluido este encuentro.